

(Traducción en español)

Montet (Ch), 15 agosto 2001

El Pacto del 16 de julio de 1949

(...)

Estamos en 1949 y yo escribo: "Habían pasado cinco años desde el comienzo de nuestro Movimiento y ya habíamos comprendido y asimilado algunos puntos fundamentales de su espiritualidad, como Dios Amor, la voluntad de Dios, ver a Jesús en el hermano, el mandamiento nuevo, Jesús Abandonado, Jesús en medio y la unidad ... Ahora, desde hacía algún tiempo, estábamos concentrados "sobre la Palabra", sobre la Palabra de Vida, que vivíamos con una especialísima intensidad. Entonces no había grandes estructuras en el Movimiento, ni habían surgido obras, por lo que todo nuestro empeño consistía en vivir el Evangelio. La Palabra de Dios entraba profundamente en nosotros, tanto que cambiaba nuestra mentalidad. Lo mismo sucedía también con todos los que tenían algún contacto con nosotros.

Esta nueva mentalidad que se iba formando, se manifestaba como una verdadera contestación divina frente al modo de pensar, de querer y actuar del mundo. Y en nosotros provocaba una reevangelización.

Por lo que recuerdo, la última Palabra que habíamos vivido en aquel período era "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". Y Jesús Abandonado nos pareció la palabra por excelencia, la Palabra toda desplegada, la Palabra completamente abierta. Bastaba por tanto vivirlo a Él. De modo que todo se había ido simplificando. Vivirlo a Él significaba vivir el nada de nosotros mismos para ser todos para Dios (en su voluntad) y en los demás.

Estábamos sumergidos en estos pensamientos y en estas experiencias, cuando decidimos alejarnos un poco del Movimiento e ir a la montaña a descansar.

Llegando allá arriba (nosotras, focolarinas), se añadió otro fenómeno: yo advertí que no era "todo llama sólo dentro de mí" por las Palabras descubiertas todas como amor, sino, en cierto modo, todo llama, "también fuera de mí". Tenía la impresión de percibir, tal vez por una gracia especial de Dios, la presencia de Dios bajo las cosas. Por lo que, si los pinos estaban dorados por el sol, si los arroyos caían brillando en sus cascadas, si las margaritas y las demás flores y el cielo estaban de fiesta por el verano, más fuerte era la visión de un sol que estaba por debajo de todo lo creado. Veía en cierto modo, creo, a Dios que sostiene, que rige las cosas.

Y Dios bajo las cosas hacía que esas no fueran así como nosotros las vemos; estaban todas conectadas entre sí por el amor, todas - por decir así- enamoradas unas de otras. Por lo que si el arroyo terminaba en el lago era por amor. Si un pino se erguía al lado de otro pino, era por amor. Y la visión de Dios bajo las cosas, que daba unidad a lo creado, era más fuerte que las cosas mismas; la unidad del todo era más fuerte que la distinción de las cosas entre sí.

Vivíamos esta experiencia cuando vino a la montaña Foco. Este que ahora están santificando.

Foco, enamorado de Santa Catalina, había buscado siempre en su vida una virgen a la que poder seguir. Y ahora tenía la impresión de haberla encontrado entre nosotros. Por lo que un día me hizo una propuesta: hacerme un voto de obediencia, como hacían los seguidores de Santa Catalina a Catalina, pensando que, si hacía así, él obedecía a Dios. También añadió que, de este modo, podríamos hacernos santos como San Francisco de Sales y Santa Juana de Chantal.

Yo en aquel momento no comprendí ni el porqué de la obediencia, ni esta unidad entre dos. Después, no compartía la unidad entre dos, porque me sentía llamada a vivir "que todos, ¡todos!, sean

uno". Pero al mismo tiempo me parecía que Foco estuviese bajo la acción de una gracia, especial, que no se debía perder. Entonces le dije más o menos así: "Puede ser verdaderamente que todo lo que tú sientes venga de Dios. Por tanto tenemos que tomarlo en consideración. Pero yo no siento esta unidad entre dos, porque todos deben ser uno!". Y añadí. "Tu conoces mi vida. Yo no soy nada". Porque vivía Jesús abandonado. De hecho quiero vivir como Jesús Abandonado que se ha anulado completamente. Tampoco tú eres nada, porque vives del mismo modo. Era un seguidor del carisma. Pues bien, mañana iremos a la iglesia, y a Jesús Eucaristía que vendrá a mi corazón como a un cáliz vacío, porque era nada, yo le diré (no había más que un cáliz vacío y la Eucaristía): sobre el nada de mí, pacta tú unidad con Jesús Eucaristía en el corazón de Foco. Y actúa en modo, Jesús, que nazca entre nosotros el ligamen que tú conoces. Y después añadí: Y tú, Foco, haz lo mismo.

Lo hicimos y salimos de la iglesia. Foco tenía que entrar en la sacristía para dar una conferencia a los frailes. Yo me sentí empujada a volver a la iglesia. Entro y voy delante del sagrario. Y allí estoy a punto de rezar a Jesús Eucaristía, a punto de decir: Jesús, pero no puedo. De hecho, aquel Jesús que estaba en el sagrario, estaba también en mí, era también yo, era yo ensimismada con Él. Por tanto no podía llamarme a mí misma. Y allí advertí salir de mi boca espontáneamente la palabra 'Padre'. Y en ese momento me encontré en el Seno del Padre.

(...)

Chiara Lubich